

Mas para la interpretación de la palabra *kátharsis*, enfrentándose con comentadores autorizados como Bernays y Gudeman, acude Laín al concepto médico y a textos de la ética aristotélica que pueden explicarla. Armado de estos conocimientos, discute con los más grandes filólogos y defiende su interpretación de la *kátharsis*, de eso en que consiste el placer que se siente al final de la tragedia.

Con Aristóteles «se acaba en Grecia la especulación original acerca de la acción psicológica de la palabra humana, y por tanto, acerca del poder curativo de ésta» —con estas palabras cierra Laín su trabajo—.

La psicoterapia verbal en ese amplio sentido —termina— la proyectaron los filósofos, «y no supieron recogerla ni hacerla suya los médicos griegos». ¿Podían hacerlo? Laín helenista ha examinado con profundidad y con gran estudio y conocimiento un aspecto muy importante, una verdadera clave de la cultura griega, y lo deja, tras ese examen, en un punto donde la creatividad grandiosa de la cultura griega pasaba de lo inaudito a lo que siguió siendo nada más que una admirable continuación.

No vamos a comentar estudios menores de Laín que prueban su dedicación y su competencia como helenista: «La historia clínica hipocrática» (*Archivo iberoamericano de historia de la medicina*, I, 1949), «La amistad entre el médico y el enfermo en la medicina hipocrática» (discurso en la Real Academia de Medicina, 1962), «La asistencia médica en la obra de Platón» (*Archivo de la Facultad de Medicina de Madrid*, 1962). Pero los libros de Laín que examinamos no están compuestos de trabajos sueltos. Los trabajos sueltos son preparatorios, o fruto de los libros mayores, y no son incorporados a los libros.

Vamos a terminar ocupándonos brevemente del segundo de los grandes estudios que queríamos considerar.

Muy distinto del todavía juvenil libro *La curación por la palabra* es el de *La medicina hipocrática*. El historiador de la medicina se atreve a hacer un libro de conjunto sobre el inmenso *Corpus Hippocraticum*. Le sirve de ayuda para enfrentarse con los problemas de interpretación, valoración y examen de tan copiosa obra, compuesta de tantos libros distintos, la labor de estudiosos que florecen desde que la filología del siglo XIX se encuentra con medios para ello. Una nueva época se ha abierto ya casi en nuestros días con los trabajos de Ludwig Edelstein, primero en Alemania y luego en los Estados Unidos. El progreso en la historia de la filosofía y del pensamiento griego permite colocar en su lugar a Hipócrates y a la masa de escritos que llegaron a las bibliotecas helenísticas con su nombre.

Pero Laín trabaja críticamente con sus concepciones historiográficas y filológicas todo este valioso material.

Una de las claves que halla Laín en la creación de la medicina científica está en la designación de la naturaleza como *physis*. Esta palabra, sustantivo abstracto sobre el verbo *phyo*, «criar, crecer, nacer», aparece por primera vez en la *Odisea*. ¡Con qué emoción de filólogo y de filósofo la relee Laín en aquel pasaje en que el dios Hermes le explica a Ulises la *physis*, lo «que es» la mágica flor que le va a librar de la fuerza de los hechizos de Circe! «No es posible —dice— leer sin honda emoción intelectual estas pocas líneas. En ellas surge por vez primera en las letras griegas la palabra *physis*, una de las más importantes en la historia del saber humano.»

Vemos aparecer en la literatura hipocrática, o a veces en la filosofía presocrática, palabras semejantes, de desarrollo tan rico en la historia: «potencia», «causa», «elementos», «contraposición»... Y la *fisiología* de los primeros filósofos, que se hace otra cosa, como ya en Alcmeón, en los escritores médicos del *Corpus*.

El autor de este libro nos guía en el laberinto de los escritos atribuidos a Hipócrates. Distingue cronológicamente cuatro períodos en ellos: el arcaico o inicial, representado por el tratado *Sobre las hebdómadas*, sobre cuya significación nos dirá luego algo; el fundacional, de la segunda mitad del siglo V, en el que Hipócrates, sea quien sea este desconocido asclepiada a quien hemos de considerar genial, floreció; un período de autoafirmación reflexiva y crítica, el siglo IV, y un período tardío, posterior a ese siglo, en el que más o menos tardíamente llegan a los escritos hipocráticos influencias aristotélicas, estoicas o epicúreas.

Los tratados se atribuyen tradicionalmente a dos escuelas, la de Cos y la de Gnido, la primera más exigente y conservadora, la segunda más abierta y más inclinada a clasificar y distinguir.

Todos los autores son griegos nacidos y crecidos en ciudades coloniales, en todos tiene alguna influencia la filosofía presocrática y la sofística. Platón, que en Atenas se mantiene atento a todas las novedades en la filosofía y en la ciencia, consideró en el *Fedro* ejemplar «el método de Hipócrates» y propuso que sirviera de modelo para crear el arte de la retórica.

A la medicina se debe el desarrollo de esa actividad científica y práctica que es la *téchne*. En la búsqueda de ese método, de esa técnica, las consideraciones que hacen los hipocráticos y que nos presenta Laín, pueden parecernos ingenuas y hasta disparatadas, pero hay que comprender hasta qué punto estaban seguros del método de su arte los inventores de aquella *téchne*.

Por un lado encontramos a los primeros hipocráticos abiertos a las culturas vecinas, y un caso sorprendente fue el citado *Sobre las hebdómadas* que se descubrió que había traducido de la cultura irania la reducción a unidad de *makrokosmos* y *mikrokosmos*, universo y hombre —con lo que se descubrió cómo los griegos recibieros estímulos y conocimientos de las tradiciones del Oriente—. Por otro vemos la influencia, no registrada con nombres, de grandes pensadores de Jonia: Anaxágoras o Demócrito. Y así registra en diferentes capítulos este libro de Laín la creación de la primera *téchne iatriké*, la que llamamos «ciencia médica».

Todavía algún trabajo reciente, como «Relieves hipocráticos», publicado en el primer número (1984) de *Medicina e historia*, Publicación médica Uriach, reflejan su infatigable trato con la medicina griega en su relación con la filosofía. Son tres breves capítulos sobre ciertos puntos del *corpus* hipocrático. En primer lugar, lo que significa «sensación del cuerpo» en *De prisca medicina*, que no es otra cosa que el resultado de la exploración del enfermo por el médico competente, «regla de oro de toda la medicina occidental».

Una segunda cuestión es que, junto a la mención de Empédocles que hemos comentado más arriba, haya otra cita expresa, dos únicas en todo el *corpus*, de uno de los filósofos, Melisso, seguidor de Parménides, en el tratado *Sobre la naturaleza del hom-*

*bre*, escrito según varios autores por Pólipo, yerno y discípulo del sabio de Cos. Laín señala que Pólipo no comprende al filósofo, que como Parménides y como Heráclito, ha pasado de la «fisiología» a la ontología. Es interesante ver cómo los hipocráticos recibieron impulsos importantes de los «fisiólogos», de los presocráticos más antiguos, pero quedaron aislados de los progresos filosóficos de aquellas escuelas.

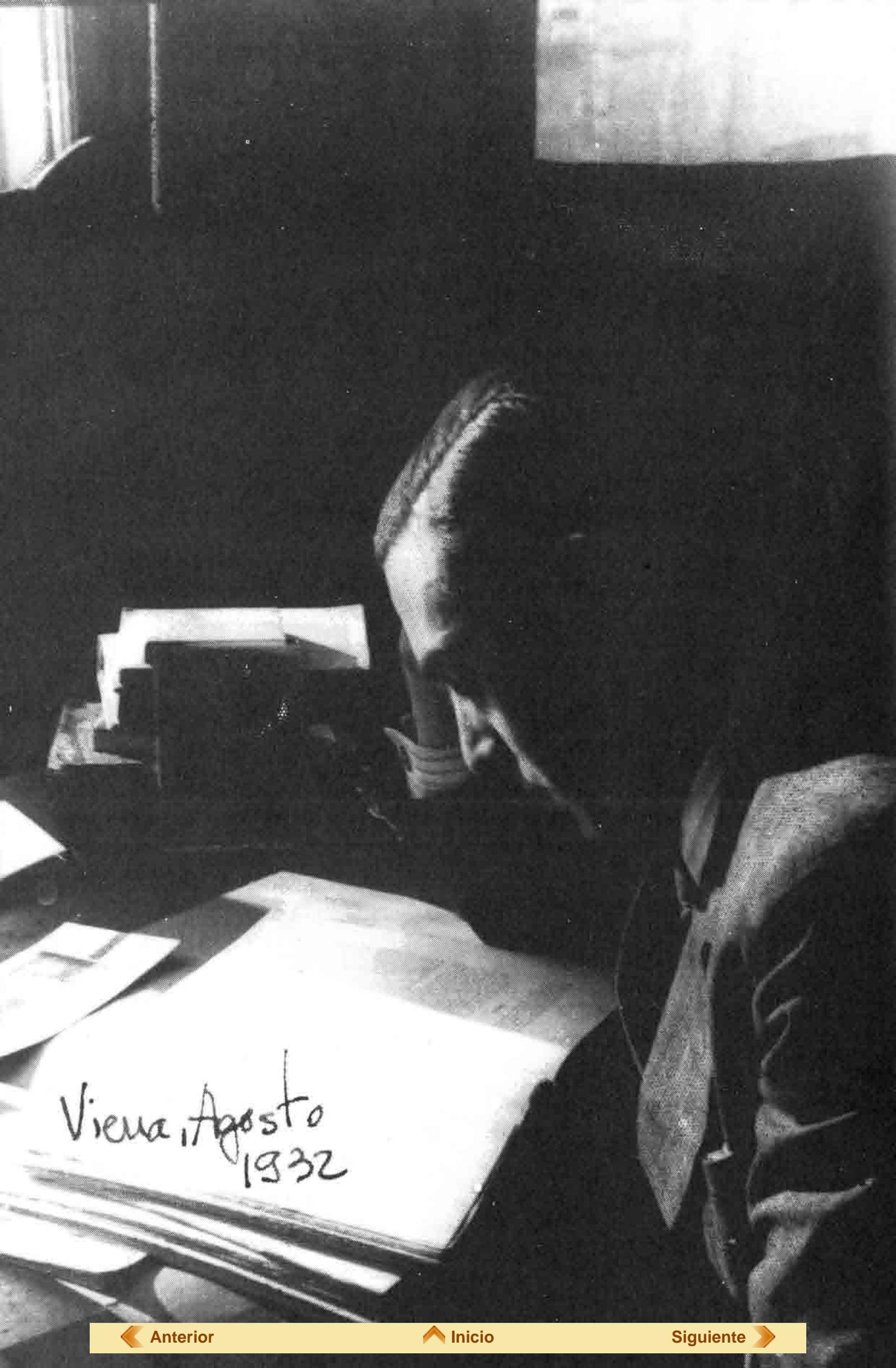
En tercer lugar estudia Laín qué significa la expresión *títtheion*, que en el *Pronóstico* puede aparecer como algo ineluctable en lo que el médico descubre en el enfermo. Después de discutir las opiniones de diversos, Laín llega a la conclusión de que no es otra cosa que la *anánke*, la «forzosidad» con «que la *physis* tantas veces impone su divina inapelable soberanía», ese *quid diuinum* que con la muerte inexorable se opone al fin a todos los esfuerzos del médico, esa ley que se expresa «en la prosa de un escrito tan poco supersticioso y mítico como el *Pronóstico*».

El helenista Laín siente viva la significación de esa palabra *physis* sobre la que le hemos visto pensar a lo largo de su obra de historiador.

Antonio Tovar



Con Antonio Tovar y Luis Rosales



Viena, Agosto  
1932